

Núm. 28.—Diciembre de 1852.

AÑO 2.º

EL

TOMO 1.º

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

MODAS, LITERATURA, BELLAS ARTES, TEATROS ETC.

Fundado en 1.º de Noviembre de 1851.



REDACCION,

CONCEPCION GERÓNIMA, NÚM. 1, LITOGRAFÍA DE CASTELLÓ

Madrid.



Madrid 1852--Imprenta de el Correo de la Moda,
á cargo de Agustin P. Vega, calle Sin Puertas núm 1.



EL

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

LAS MEDIAS DE ROBESPIERRE.

La condesa viuda de Rochegoyon à la señorita Luisa de Charnailles.

Gracias, mi querida Luisa por tu amabilidad en abandonar tus placeres y diversiones para escribir á tu anciana amiga; porque te aseguro con toda ingenuidad que soy tu mas sincera amiga y que este título me llena de orgullo. En la actualidad es muy raro que la amistad se conserve como la nuestra generaciones enteras; porque yo fuí amiga de tu abuela antes de llegar tu á los veinte años que en el día tienes, y mi amistad es para tí una triste herencia que te ha dejado la muerte y las ruinas.

Ahora, pues, que dejo contestadas las finas espresiones de afecto que me diriges, procuraré aunque á la verdad no se como, satisfacer el deseo que me manifiestas. Me pides que te cuente una historia de los tiempos de mi juventud. Mas aque-

llos tiempos están ya muy lejos de mí en la actualidad, y por otra parte creo que es comenzar demasiado tarde, sentarse en la banquetta cuando se tienen ochenta años cumplidos. Sin embargo, como deseo complacerte, voy á registrar los archivos de mi memoria, aunque temo que en ellos todos los papeles estén revueltos; pero tu serás indulgente conmigo, porque las personas ancianas gozamos el mismo privilegio que los niños; las primeras chocheamos y los segundos ignoran, allá se va todo.

Mas antes de pasar adelante tengo que suplicarte una cosa, y es que si cuentas á otros la historia que voy á referirte no me has de citar como autora. Porque has de saber que tiemblo al considerar la poca caridad que tienen los

críticos modernos con todo el mundo en general, y con los viejos en particular. Antiguamente no sucedía así, y nosotras estábamos mucho mejor educadas, con perdón sea dicho de la generación actual. En aquellos tiempos las personas ancianas formaban un cuerpo respetable y temido, al cual nadie hubiera osado faltar á la consideración y debidas atenciones. Entonces se ocupaban de ellas, pues eran las que todo lo decidían, y un joven, y aun una joven hubieran pasado por muy groseros y mal educados si no se hubiesen levantado al entrar en la sala una señora anciana. En la actualidad se nos considera como retratos de familia, pudiendo tenernos por felices si no se nos sube á la buhardilla.

Pero sin apercibirme estoy reprendiendo y moralizando como si fuese un sermón lo que me pides. Perdona hija mía, pues no es cosa fácil evocar los recuerdos de lo pasado sin exhumar al mismo tiempo las penas. Basta de esto, y voy á contarte como el amable M. Robespierre se hizo tomar medida de unas medias por una de las altas damas de la corte. El único mérito que tendrá mi relación, es su gran exactitud; porque el caso ocurrió á una de mis amigas, la marquesa de Tremont, y ella misma me lo contó. Solamente te ruego me lo dejes referir á mis anchas, pues intento dar á mi relación cierto airecillo de *novela* que es co-

mo ahora llaman á lo que antiguamente llamábamos nosotras *historias*; porque, créeme, no son las cosas lo que varían sino los nombres. Me afianzo pues las gafas, toso, me sueno y principio.

Nos hallábamos en el mes de Julio de 1873. El día sin embargo estaba triste y frío, espesos nubarrones parduzcos cubrían el azul del cielo, y de ellos se desprendía una lluvia sutil y espesa, soplando además un viento incómodo y desapacible. En una palabra, parecía que la naturaleza llevaba luto por los crímenes de la tierra. En París todo estaba triste, las calles llenas de lodo, las casas húmedas y los cafés desiertos; pero más que todo esto los habitantes; pues hacía algunos días circulaba un rumor sordo de nuevos asesinatos, y cada cual temía por si mismo ó por sus amigos. El mal tiempo se reunía á las preocupaciones siniestras y aumentaba la inquietud y la angustia, siendo indudable que tenemos más ánimo cuando el sol brilla en el cielo.

En una tiendecita de modas sucia y ahumada aunque llevaba el título gracioso de *Los dos Pichones*, una linda joven vestida como las mugeres del pueblo de entonces, parecía entregada á la más terrible ansiedad. En su rostro pálido y descajado se advertían señales de llanto reciente; su cabello descuidado y las miradas inquietas que echaba á la calle manifestaban un sobresalto y una impaciencia cons-

tantos. A cada momento salía al umbral de la puerta que permanecía abierta á pesar del mal tiempo, y despues de mirar la calle que continuaba desierta, pasaba dolorosamente la mano á través de sus bucles, y volvía triste y desanimada á sentarse detrás del mostrador.

De repente se oyeron pasos á lo lejos:

—¡Dios mio, si fuese él! Y puso la mano sobre el corazón como para contener las palpitaciones, no atreviéndose á levantarse temiendo una nueva equivocación.

Pocos instantes despues un hombre de alguna edad, vestido con tanta sencillez como la joven, entró en la tienda.

¡Ah por fin! dijo ella, y cuando se levantaba para abrazar al recién venido, apareció en la puerta una muger gruesa, cuyos modales bruscos y plebeyos contrastaban con los de la linda comerciante de la tienda de *Los dos pichones*.

—Buenos días la Giraud, dijo con una voz ronca, ¿cómo estás esta mañana?

Al oír aquella voz y aquellas palabras la que había sido llamada la Giraud cayó pálida y fría como herida un golpe fatal sobre la silla de que acababa de levantarse un momento antes con tanta alegría.

—¡Mal, gracias señora, estoy mal! murmuró cerrando los ojos como para no ver la visión que tenía delante.

—¿Como, estás enferma? gritó la gruesa comadre cogiendo una de las manos heladas de la joven; vamos querida, esto no será nada, voy á enviar á ese que está ahí por un vaso de vino y verás como te repones.

—Si V.....

Pero la enferma que había murmurado mas bien que pronunciado estas palabras, calló en el acto obedeciendo á una seña que le hizo el caballero.

—Voy, voy corriendo ciudadana, dijo este saliendo precipitadamente con dirección á la taberna.

Algunos instantes despues volvió, y al dar el vaso lleno del rojo licor que traía en triunfo, puso con mucha destreza un billete en la mano que la enferma le alargaba con ansiedad.

Al sentir el papel se sonrosaron sus pálidas mejillas.

Y levantándose dijo con acento festivo.

—Su remedio de V. está tan bueno, señora Cornelia que solo con verle me siento restablecida. Si V. se lo bebiese á mi salud, me parece que quedaria enteramente buena.

La Cornelia echó una mirada recelosa á la joven, y se volvió para continuar examinando al desconocido; pero este había desaparecido.

—¡Hum!....¡hum! todo esto no es muy claro, murmuró meneando la cabeza, todo esto no es claro, me voy á decir á Espartaco que es preciso vigilar.

Luego cogiendo el vaso que le alargaba la joven se lo sorbió de un trago, y pronunciando algunas escusas salió de la tienda.

En cuanto se hubo marchado, la joven cerró con precaución la puerta, y retirándose á una pieza obscura que le servía de dormitorio, encendió una vela, sacó del pecho el papel y abriéndolo con precipitación leyó lo siguiente:

—¡Tu hijo se ha salvado!

El billete se le cayó de las manos y poniéndose de rodillas:

—¡Gracias Dios mio!... ¡gracias! exclamó levantando los ojos al cielo llenos de dulces lágrimas.

—Pasados algunos instantes de dichosa meditacion dijo entre sí misma, me parece que el billete de Durand contenía otras cosas; ¿pero que mas puede decir que me interese?... Y hablando así recogió el papel y lo abrió maquinalmente: de repente palideció, dió un grito desgarrador y abrumada de dolor dejó caer su cabeza sobre sus manos juntas y crispadas.

Habia leído lo siguiente:

Pero V. señora marquesa está perdida..... vuestro ardid generoso ha sido descubierto, y su nombre de V. se encuentra á la cabeza de las listas de las prisiones que hoy deben verificarse.

La marquesa permaneció en aquella posicion sea meditando ó rogando; luego enderezándose con la mas resuelta confianza, se puso la manteleta que entonces se usaba,

salió de su tienda, cerró la puerta dando dos vueltas á la llave, se la metió en la faltriquera y se dirigió á todo correr á la calle de San Honorato, sin detenerse ni por la lluvia, ni por el lodo, ni por algunas personas que admiradas procuraban interceptarla el paso.

Corriendo pues sin cesar, calada de pies á cabeza de lluvia y sudor, llegó á la puerta de una pequeña y modesta casa, á la cual seguramente se dirigia, porque se detuvo jadeando y llamó precipitadamente.

Una joven salió á abrir.

—¿El señor de Robespierre, está en casa? le preguntó con resolución.

La joven la miró con sorpresa, y luego contestó:

—El ciudadano Robespierre ha salido.

—¡Ay! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿porque me habeis abandonado? exclamó la marquesa apoyando la cabeza contra la puerta con la mayor desesperacion.

La jóven se enterneció.

—Entrad ciudadana, entrad y descansareis le dijo con bondad, y si en algo puedo serviros lo haré con el mayor gusto. Yo soy Teresa, y el ciudadano Robespierre me aprecia mucho.

Al oír aquellas consoladoras palabras la marquesa que habia entrado en la casa, se echó á los pies de la generosa joven.

—¡Ah! ¡permitidme verle! ¡permitidme verle! y Dios os bendecirá.

—¿Pero si está ausente? contestaba la pobre joven conmovida.

—¡Pues bien! conducidme donde se halle, dijo la marquesa con resolución.

—Teresa guardó un momento de silencio.

—¿Y porqué no? dijo luego como respondiéndose á si misma: si me riñe, bien, me reñirá; pero entre tanto habré hecho todo lo posible para salvar á esta muger interesante. Vamos, venid pronto conmigo, añadió cogiendo á la marquesa de la mano, el ciudadano está en Versalles vamos á tomar un cabriolé en la plaza de la Concordia, y dentro de dos horas estaremos en su presencia.

La marquesa se apoderó con prontitud de la mano que le ofrecían, la besó no hallando otro modo de expresar su agradecimiento y siguió á su joven y linda protectora.

Durante la larga distancia que tuvieron que andar desde la calle de San Honorato hasta la plaza de la Concordia ambas guardaron el mas profundo silencio, y una vez instaladas en el modesto vehiculo que debia conducir las á aquel palacio tan brillante y alegre en otro tiempo, y entonces tan silencioso y desierto, una y otra cayeron en profundas meditaciones. La joven acaso se arrepentia del impulso generoso que le habia hecho consentir en arrostrar la indignacion del hombre que hacia temblar á la Francia entera; mientras que la fin-

gida comerciante de la calle de los Marmousets lloraba lo pasado que le recordaba tan dolorosamente el viage que iba á emprender, y trepidaba ante el porvenir que tan corto y sangriento debia ser para ella.

En medio de tan diferentes emociones nuestras dos viageras llegaron á la verja que cierra la antigua mansion de los reyes. Allí se hallaba aquel dia el ciudadano Robespierre.

Sin duda habia ido á visitar aquellos sitios tan llenos aun de recuerdos palpitantes y de gloria destruida, para meditar con calma sobre lo caduco y efímero de las grandezas humanas.

En cuanto pisaron el umbral del palacio, la marquesa y Teresa se pusieron á temblar, y á un mismo tiempo tuvieron ambas el pensamiento de huir; pero triunfaron de sus temores, y la joven hizo entrar á su compañera en un salon completamente desmantelado, rogándola esperase mientras iba á preguntar al hombre que deseaba ver si consentia en recibirla.

—¿Pero señora, en nombre de quien le pediré este favor? dijo de repente, ignorando su nombre de V.

Con efecto Teresa se habia olvidado de preguntar á la persona á quien tan generosamente protegia su nombre, y los títulos que podia alegar para obtener la audiencia que solicitaba; pero la palabra se-

ñora que habia sustituido á la de ciudadana mostraba, que sino adivinado, habia por lo menos presentado una parte de la verdad: así es que se quedó tan sorprendida como disgustada cuando la marquesa le respondió sonriendo.

—Le dirás joven hermosa, que la ciudadana Giraud, comerciante de gorras y medias calle de los Marmousets tienda de *Los dos pichones* solicita el honor de verle.

Teresa sacudió su linda cabeza rubia como para indicar que comprendia perfectamente que bajo aquellos modestos títulos se ocultaban otros mas nobles, pero mas peligrosos, y como una ligera corza atravesó los inmensos salones del palacio.

En cuanto la marquesa se vió sola, echó una mirada de horror y desesperacion en torno suyo; porque en todas partes encontraba todavia señales de la sangrienta tragedia que se habia representado algunos meses antes. Por delante de sus ojos pasaba la imagen del santo rey de quien habian hecho un martir, y de aquella que esperaba en el cautiverio y el dolor el momento en que la enviasen al cielo, para compartir con su esposo la corona de la gloria y la inmortalidad, como habia compartido en la tierra su trono y su prision.

Largo rato trascurrió en medio de aquellos recuerdos tan gratos y tan terribles, sin que la marquesa lo notase, hasta que los pasos

de Teresa la sacaron de aquel profundo éstasis.

—El ciudadano se niega á recibirlos, dijo esta bajando la cabeza con sentimiento. Adios...-marchad al momento..... yo tengo necesidad de permanecer aqui.

—Esta contestacion dejó horrorizada á madama Tremont, pero como siempre, recobró al momento la serenidad. ¿Por otra parte que arriesgaba?... ¿No estaba ya condenada?...

—Cogió pues un pedazo de carbon que quedaba aun entre las cenizas frias de una chimenea, y no encontrando papel escribió en su pañuelo.

—Soy la marquesa de Tremont, la amiga de la reina, y quiero hablaros.

—Toma hija mia, dijo á Teresa, dandole el pañuelo doblado con cuidado para que nada se borrara, lleva esto al momento al ciudadano, y verás como consiente en recibirme.

—La joven vaciló un instante, pero viendo el aire de autoridad que habian tomado las facciones de su compañera, no se atrevió á negarse y de nuevo la abandonó para cumplir su encargo.

—Volvió muy pronto diciéndola.

—Subid, subid aprisa, el ciudadano espera gentes, y no puede concederle á V. mas que un instante.

—Madama Tremont no esperó que

le repitiesen el consejo, y se precipitó tras de su generosa conductora.

Llegaron á las habitaciones de la reina. Teresa abrió una mampara, y la marquesa se encontró en presencia del personage que buscaba.

—¿Y bien ciudadana Giraud que pretendes? dijo Robespierre, lanzando una mirada sardónica á la marquesa.

—Pretendo de vos justicia, señor, respondió la marquesa con resolución.

Al oír aquellas enérgicas palabras, Robespierre se arrellenó en su sillón, y cerró los ojos como si quisiese dormir.

—Habla pues, que te escucho.

La marquesa tuvo todavía un momento de indicision al ver aquel aspecto bajo y malvado, incapaz, según se figuraba, de un buen impulso, de un sentimiento generoso. En aquel ser se encontraba algo de gato y de hiena, y del decía con mucha gracia la marquesa de Crequy, *que en sus galanterias se semejaba á un gato que ha bebido vinagre*. Y luego aquella hipocresia de tratarla como á una muger del pueblo sabiendo quien era, pues afectaba llamarla la Giraud, teniéndola en pie en su presencia, todo esto la confundía y atormentaba. Mas levantando los ojos al cielo, rogó á Dios que la protegiese, y disimulando su zozobra, con voz firme y enérgica le dijo:

—Sabeis señor que soy la mar-

quesa de Tremont, y voy á contaros lo que me trae á vuestra presencia.

Robespierre no pestañeó siquiera, y madama Tremont continuó:

—Hubiera podido emigrar como lo hicieron muchos de mis amigos; pero dos motivos poderosos me lo han impedido, el deseo de conservar los bienes de mis hijos, y la enfermedad de uno de ellos, que me hubiera sido imposible llevarme conmigo. Soy viuda señor; soy por consiguiente dueña de mis acciones, y he abdicado mi rango para salvarme y salvarlos. Una modesta tienda estaba de venta, la compré; el contrato está hecho en toda regla, como podeis comprobarlo si dudais de mis palabras, y lejos de mi familia, muerta para el mundo, para la política, para todo lo pasado en fin, no vivo mas que para mis hijos y cumplo con toda conciencia los nuevos deberes que me he impuesto. Hoy he sabido que mi nombre se halla en la lista de los sospechosos, y he querido veros para pedir os justicia. ¿Conseguiré obtenerla? A vos toca decidirlo. Pero antes de hablar, reflexionad que vais á pronunciar una sentencia de vida ó muerte.

Al acabar estas palabras la marquesa se mantuvo con dignidad y calma en presencia del que iba á decidir su suerte futura.

Robespierre permaneció todavía algunos instantes inmóvil, y luego como si despertase de un profundo sueño exclamó restregándose los ojos.

—¿Aun estás aquí, la Giraud?

Pues bien, tómame medida para hacerme un par de medias de seda que necesito; pero sobre todo, despacha pronto porque ya sabes que no me gusta esperar.

Y diciendo y haciendo, el orgulloso tribuno alargó su descarnada y seca pierna á la noble marquesa, la cual, llena de estupor se arrojó delante de él, y le tomó la medida para las medias que deseaba.

En aquel acto entraron muchos convencionales.

—Aquí teneis, les dijo, con una de aquellas sonrisas peculiares suyas, una hábil ciudadana que hace las mejores calcetas del mundo. Os aconsejo que os hagais parroquianos suyos: vive en la calle de Marmousets tienda de *Los dos pichones*.

Luego con un gesto familiar despidió á la marquesa, que ni en aquel día ni en los siguientes fue incomodada por el tribunal revolucionario, lo cual le permitió no solo educar á sus hijos, sino tambien salvar su fortuna.

Esta es mi historia mi querida amiga, ¿que tal te parece?... Por lo menos tiene el mérito, te lo repito, de ser verdadera.

¿Diremos por esto que Robespierre tuvo un arranque de compasion?.... Te confieso ingenuamente que lo dudo. En mi opinion lo que quiso fue tener el placer de hacer arrodillar á sus pies á una de las mas nobles y mas bellas damas de la

corte, persuadido que la castigaba tanto con aquella humillacion, como haciéndola cortar la cabeza. Con todo, como solo Dios conoce los secretos pensamientos de los hombres, pudo suceder que obrase á impulsos de un movimiento generoso, y en tal caso podriamos decir con razon; *que lo verdadero puede alguna vez no ser verosimil.*

LA C. DE B.

POESIA.

Endechas de Abelardo á Eloisa para recitar en la Schotis titulada el Arrullo.

I.

Yo pierdo la razon,
si quiero descifrar
porque mi corazon
fatiga el mal estar.
No acierto á concebir
que pueda padecer
tan afanosa angustia, sin morir.

Sin tregua en su rigor,
abrumame el pesar,
y exalo en mi dolor
suspiros sin cesar.
De dia y noche voy
errante por do quier,
é inquieto en todas partes siempre estoy.

Ya no me agrada el alba,
ni me place
su arrebol;
ya me fatiga el dia,
cuando nace
puro el sol.
Encuentro mas placer
en la dudosa luz
de un triste y estrellado anochecer.

Me agrada ver la luna
que se mece
sobre el mar,
ó contemplar el cielo
que parece
vacilar.

Cual la nocturna flor,
se esplaya mi alma allí
y embota sus espinas mi dolor.

—
¿De que será el afán
que amarga así mi ser?
¿porque de mi se van
los años sin placer?
Huyó mi juventud,
con ella el bien huyó,
dejándome en el alma la inquietud.

—
Me late el corazón
sin esperanza y fe,
y en vano la ilusión
le torna á lo que fue.
Desgarra la verdad
el velo del error
y todo es á mis ojos vanidad.

II.

Que tengo yo, mi bien,
sabraslo tu mejor,
si gimes tu también
esclava del amor.
En esta esclavitud
se encierra la razón
de toda mi tristeza y mi inquietud.

—
No sufro yo otro mal
que mi infeliz pasión;
tormento sin igual
de mi alma y corazón.
Adórote, muger,
con ciego frenesí
y mía por mi mal no puedes ser.

—
El fuego que me abrasa
no es discreto
revelar,
te rindo mejor culto,

mas respeto
sin hablar.
Te adoro á par de un dios,
y el ara que erigi
no es un secreto mío, es de los dos.

—
Prefiero de tu nombre
la pureza
virginal,
á poseer dichoso
tu belleza
sin rival:
costosa abnegación,
que acepto sin sufrir,
porque te quiero de alma y corazón.

—
Quisiera á la verdad
mi estado descubrir,
sin que la liviandad
pudiera tu honra herir.
Mas ¿como lo he de hacer,
si un hálito de amor
empaña ¡ay! el cristal de la muger?

—
Mejor es el callar
y amarte siempre así,
que ya no he de ocultar
secretos para ti.
Tu sabes como yo
que un vínculo fatal
tiempo hace nuestras almas enlazó.

Pedro Mata.

Revista de Modas.

Segun verian nuestras amables suscriptoras en los figurines que dimos en nuestro número anterior, la moda en la actualidad no se ocupa mas que de trages de baile. Si se esceptuan los vestidos *Leticia* y *Bonaparte*, los demás cortes no ofrecen ningun tipo nuevo. Sigue el estilo Luis XV mejorado por el

gusto moderno. Los cuerpos continúan haciéndose en figura de V con presillas de cinta, de blonda ó de flores. Los tisús de oro y plata se llevan con preferencia á las gasas y linones. Solo las mangas se han modificado algo y presentan alguna novedad, pues para los trages de baile se llevan muy ahuecadas. La gran cuestion consiste ahora en decidir si los vestidos de paseo y visita deben llevar mangas con ahuecadores. Esto no diremos que sea una novedad, puesto que nuestras madres llevaron en su juventud estas mangas escéntricas; pero es una oposicion marcada á las lisas.

Hemos visto un vestido de terciopelo de color azul Napoleon con esta clase de mangas. El cuerpo era alto y el talle redondo; nos ha parecido muy elegante y no dudamos que en esto como en todo retrocederemos á las mangas anchas con los incómodos ahuecadores.

Volviendo á los trages de baile citaremos dos que pueden pasar por modelos de elegancia y gusto. El primero se compone de dos faldas de tafetan blanco. La primera guarnecida con cinco felpillitas con listas de raso, y la segunda con cuatro. Esta segunda falda se corta al sesgo, de modo que no forme pliegues al recogerla al costado izquierdo donde está sostenida por un ramillete de flores de terciopelo color de amapola, con hojas de verde oscuro y brezo blanco. El

cuerpo redondo en forma de V con berta redonda por la espalda y formando solapas por delante, se guarnece con felpillas de terciopelo con listas de raso, y cordones de flores. Las mangas se hacen con volantes pequeños guarnecidos de felpillas.

El segundo vestido es de gró de Tours de color azul celeste tejido con hilo de plata. La falda lleva tres volantes un poco fruncidos de cuarta y media de anchos. Las orillas de dichos volantes representan una elegante serie de hilitos de plata.

El cuerpo es redondo; guarnecido por delante con cuatro lazos de cinta de brocado de plata. Otra igual á puntas de feston redondas colocada á manera de cinturon. Las mangas se componen de afolladitos con lazos de puntas flotantes.

Nos hemos detenido en la descripcion de estos dos vestidos; porque estamos persuadidas que los trages de baile son para algunas señoras un verdadero escollo, mientras para otras son el pedestal de la hermosura. Y es que en el baile todo se nota y de todo se conserva memoria. Una inconsecuencia, un pequeño descuido en ahaque de trages de baile, causa infaliblemente un disgusto. Ante todo debe ponerse gran cuidado en la armonia y graduacion de los colores. Los contrastes jamás producen nada gracioso ni agradable. Lo mismo decimos de las flores las cuales

deben guardar relacion con todas las piezas del traje y hermanarse con el tocador.

Las guirnaldas de flores, ofrecen en la presente estacion una variedad infinita y enteramente caprichosa. Las diademas están á la órden del dia, y tambien se llevan cintillas ó bandeletas guarnecidas á la Clara Harlowe, tocados á lo Luis XV y redecillas. Las bandeletas imperiales están destinadas en particular á los peinados de bailes pequeños y lisos. Recomendamos las guirnaldas á la Clara Harlowe para el pelo levantado y echado hácia atrás. (Dichas guirnaldas se hacen de capullos de rosa y á los lados rosas abiertas: las guirnaldas griegas de doble corona: las redecillas de hojas de oro mezcladas con flores de sahucos y racimos de oro: las guirnaldas de violetas formando greca por detrás; los adornos de plumas matizadas de oro, con lazo al lado y sus puntas flotando detrás.

Para que un traje de baile sea enteramente perfecto necesita el concurso de un gracioso pardesús contado con mucha inteligencia para que no roce ni age las guarniciones del vestido. Se llevan con este objeto muy anchos y de estrechada elegancia. La mayor parte llevan capucha como cosa indispensable, y se hacen las mas cómodas en forma de pelerina.

En cuanto á sombreros y capotas véase la lámina que acompaña

el presente número.

Las joyas de pelo adquieren cada dia mayor crédito y estimacion; bien que en las manos del célebre *Lemonnier* son joyas artísticas. El modo como *Lemonnier* trabaja el pelo descubre uno de esos genios fecundos y creadores que dan vida poesia y color á las cosas mas triviales. Una joya de pelo es en la actualidad una obra maestra de industria y arte. Porque ya lo que vemos no es pelo, sino flores, frutas, hojas, encages y otra porcion de cosas maravillosas y que parecen imposibles. Todo lo mas dulce y mas gracioso que la memoria puede recordarnos; todo lo mas alegre y mas agradable que puede imaginar el pensamiento *Lemonnier* lo produce con pelo de todas dimensiones y de todos matices. Parece un pintor que combina sus colores y traza con la mayor habilidad las inocentes y deliciosas inspiraciones de su fantasia.

Concluiremos nuestra revista diciendo dos palabras sobre los corsés que son para el tocador femenino lo que el perfume para las flores. Sin un corsé bien hecho no hay vestido elegante ni movimientos y graciosos. Es pues preciso que el corsé manifieste todo el mérito de un buen cuerpo, en vez de oprimirlo y desgraciarlo como sucede comunmente con un corsé fabricado sin estudio y sin arte. El corsé *Castellana*, el *Maria Stuart*, el *Griego*, el *Pompadeur* y el *Perezosa*

son indispensables en un tocador bien entendido pues cada uno de ellos tiene sus peculiares atribuciones que no pueden suplirse por los otros.

ESPLICACION DE LA LAMINA.

NUMERO 1.º Capota de terciopelo. El borde del ala se compone de dos junquillos de raso. Tanto el ala como la copa van fruncidas.

NUMERO 2.º Capota de terciopelo picado. El cuerpo del sombrero fruncido, los adornos consisten en nueve tiras de cinta-galon puestas á manera de volantes fruncidos. El borde de cada cinta termina en festones calados por entre los cuales pasan felpillitas negras. Las carrilleras y el lazo son de cinta armiñada, y el lazo lleva además lazadas y caídas de terciopelo negro.

NUMERO 3.º Hemos colocado la cabeza de frente para indicar el género de guarnicion interior que domina. Un cordon de margaritas

cubre toda la orilla del ala hasta los ramilletes de diversas flores y cintas que guarnecen las mejillas.

NUMERO 4.º Capota de raso. El ala se forma por dos filas de hojas de rosa fruncidas con encage alrededor. Los puntos de la primera fila se apoyan sobre el borde del ala que es tambien de raso fruncido y plegado hácia abajo, lo mismo que el casco. El bavolet va cubierto de puntas agudas iguales á las del ala.

El interior se forma de encage, y el borde guarnecido completamente con margaritas sin hojas. Plumas en los dos lados.

NUMERO 5.º Sombrero de terciopelo, con un junquillo de raso á la orilla del ala, de donde sale un encage caido sobre ella, y en la parte de su union con la copa lleva una jareta de terciopelo. La copa se compone de tiras de terciopelo cruzadas y entrelazadas en cuyos intervalos se ve un encage negro formando afollados. El bavolet de terciopelo está cubierto de un encage. A cada lado lleva dos plumas.





Bou dit.

Lit. de Castello.

CORREO DE LA MODA

Redaccion: Concepcion Geronima, N.º 1, Madrid.

Nuevos modelos de los principales establecimientos de Paris.

Invierno de 1853
Ayuntamiento de Madrid



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Paginas.		Página.
La Moda,	3, 100	Geroglífico.	64, 128, 224
Dios protege á las madres y vela sobre sus hijos . . .	3. 23	Calendarios y almanaques .	67
Higiene. 9, 27, 43, 59, 75	93	El camino de la fortuna. .	69
Revista de modas 12, 45,	77	Solucion del geroglífico 80,	144
95, 110, 126, 142, 172,	191	280.	
222, 238, 254, 269, 286,	302	Una amiga peligrosa 83, 102,	116
319, 333, 351, 363, 381,	397	Poesia. El hurto de las man- zanas.	90
412.		Tiempo que viven algunos animales.	94
Esplicacion del figurin 15,	48	Atentado contra la vida de S. M.	99
80, 111, 143, 175, 206,	239	Tocador. . . 107, 203, 252,	351
271, 304, 335, 365, 398,	414	Teoria práctica del borda- dado á trencilla. . . .	109
Esplicacion de los dibujos.		Presentacion de S. M. con su augusta hija en el templo de Atocha.	115
16, 64, 80, 96, 119, 144,	160	Estudios geográficos NORIEGA	120
176, 192, 224, 256, 278,	288	Condorcet. 307,	323
304, 320, 352, 366,	398	Fiestas Populares en la China.	122
Historia natural los diamantes.	19	Las dos amigas.	131
Aritmética recreativa. . .	30	Historia natural, variedades.	139
Economia doméstica. 34,	141	Condesa y labradora 147, 163	179
203, 301, 351.		Poesia. La primavera. . .	153
Esplicacion de la lámina . .	32	Id. El Abencerrage. . . .	154
128, 256.		Esposicion de la mano iz- quierda.	155
Fiestas de Navidad. . . .	35	Carta á Leonor 155, 201, 237	242
Caza de los elefantes. . .	38		
Esplicacion del patron 47,	208		
336, 388.			
Una jóven caprichosa. . .	51		
Revista de Teatros. . . 62,	158		

Páginas.	Páginas.
426, 316, 360, 395.	Origen de los entremets. . . 284
Rreiviario de las señoras. . 158	De las plumas de Marabú. . 294
Estudios científicos. De los	Fragmentos. Un día en mi
meteoros eléctricos. 168. 185	jardín. 295
Poesia. A Maria Santísima	La isla desierta. 313
Plegaria. 184	Luis XVI y Parmienter. . . 327
El arte de tener ensueños	Sobre la edad de las mugeres 330
agradables. 188	Las armas de la ciudad de
Estudios geográficos 195, 211 227	Brette. 331
245, 259.	A una adelfa. Poesia. . . 333
Revista de Madrid. 204	Maria Stuart. 339
Poesia. La fuente. Balada . 218	Historia de una rosa contada
Fragmentos. La violeta. . . 218	por ella misma. 345
Dichos y hechos de mugeres	Poesia. Himnos y lágrimas. . 350
célebres . . . 221, 299. 332	Los estados de Blois . . . 353
Estracto de las memorias del	Muerte de Madama la Farge. 359
D. Lallemand sobre la edu-	Juana de Arco 369, 385.
cacion fisica de las muge-	Fragmentos. Porque el alelí
res. 232	se llama flor de Maria An-
El profesor de signos. . . 235	tonieta. Lo que se contiene
El angel del sueño y el angel	en un rosal. 391
de la muerte. 248	Biografia de Madama Mainte-
La obra de Dios. 249	non. 401, 418
Origen del arte de escribir. 251	Poesia. La viola y el clavel. . 408
265, 312.	Costumbres de los Orientales 409
La hija del rey de Ivetot. 275 291	Juana Gray 421
Poesia. Otro delirio. 281	Origen de las Estrenas ó Agui-
	naldos. 422
	Poesia. Endechas. 441
	Las medias de Robespierre. . 454

